
¿Se puede educar desde la ausencia? El legado pedagógico de los que ya no están

Miguel Ángel Pérez Reynoso

Doctor en Educación. Profesor-investigador de la UPN Guadalajara, Unidad 141. safimel04@gmail.com

Cómo hacer para que el olvido no borre el legado de los que nos enseñaron, pero que ya no están físicamente entre nosotros. La huella pedagógica se construye y se hereda en vida, pero su marca y su sello se valoran hasta que llega la muerte. Sin embargo, el impacto del aporte pedagógico se valora mucho más en vida y se recupera y se valora, solo en la ausencia, cuando las personas ya no están en este mundo terrenal.

Este es el caso de tres grandes personajes a los que quise y quiero mucho que ya no están físicamente entre nosotros, solo están mediados en el recuerdo y en la reivindicación de su obra y sus aportes a la educación, a la cultura y al compromiso de entender de mejor manera el devenir de lo que significa ser y vivir en Jalisco. Me refiero a Gildardo Meda Amaral, Víctor Manuel Ponce Grima y Pedro Pérez Aguilar.

Cada uno desde su contexto supo ser congruente y hacer cosas para sí y para los demás; la muerte es la gran metiche, que interrumpe los proyectos y las realizaciones, que detiene la respiración y el habla, que suspende las plumas productivas y da fin a los aportes que pueden surgir de personajes cuyo talento y capacidad de crear estaban en su mejor momento.

Los tres eran mis amigos, disfrutaba de su compañía y de sus conversaciones, siempre gratas y originales, de su forma de moverse en este mundo y de sus producciones en educación, en el periodismo y en la psicología.

La huella educativa es una marca indeleble que queda ahí y que nos alerta o nos interpela, cuando alguien ya no está, cuando alguien se ha ido por cualquier puerta y cuando dicha puerta queda cancelada

para seguir conversando. Aun así, quedan pequeños resquicios para dialogar, para conversar y para seguir estando al día. Aunque el mundo es distinto en esta ingrata dicotomía de la dialéctica entre la ausencia y la presencia.

Gildardo Meda Amaral era un habilidoso crítico del desastre oficial en educación; con un sarcasmo fino sabía burlarse de los otros, de todos aquellos que habían llegado a los puestos públicos con pocos merecimientos, y que sus acciones mostraban la ineficiencia y el caos administrativo. Con Gildardo coincidí por nuestro paso por la Escuela Normal de Jalisco y en la militancia política. Un personaje especialmente generoso y solidario. Hubo un momento de cisma en nuestras historias, cuando en el año de 1989, a partir de una convocatoria de un diplomado por el INAP (Instituto Nacional de Administración Pública), hicimos trámites los dos, cumplimos con todos los requisitos: él sí pudo entrar y yo quedé fuera; esa fue la primera experiencia de discriminación por motivos políticos en contra mía. Dicho diplomado le cambió la vida a Gildardo, formó parte de círculos de élite en la sociedad local, le permitió hacer relaciones, formar parte de círculos de grupos políticos locales y de estar en la trinchera de los grupos de interés de la SEJ en ese entonces.

Víctor Manuel Ponce Grima era un genio, siempre original y generoso; pensaba en los demás y sabía abrir espacios para que todos cupiéramos. Gracias a él y a través de sus iniciativas siempre pudimos hacer algunos seminarios de análisis de las políticas públicas, diálogos informados con investigadores destacados y, en sus últimos días, él tuvo la iniciativa de darle cuerpo a que el proyecto gubernamental llamado Recrea estuviera acompañado de una iniciativa de investigación. Resulta paradójico, porque un día después de su desaparición física, el SNI (Sistema Nacional de Investigadores) lo reconoce como investigador nacional, reconocimiento que se había retrasado para su trayectoria.

Pedro Pérez Aguilar era un genio de la animación y la confrontación de los sujetos consigo mismos. Él trabajó muchos años en los Centros de Integración Juvenil y, en una ocasión, en una visita a la Unidad Zapopan de la Universidad Pedagógica Nacional, pudo mos-

trar su talento; se quedó a colaborar por un tiempo. Trabajaba con una metodología basada en la elaboración de cuentos y en la animación; para Pedro, el movimiento no era solo físico, se trataba de movilizar las neuronas y los sentimientos. Más adelante se dedicó a la atención clínica; nos reuníamos de vez en vez y platicábamos, y comentaba que los pacientes que atendía en la clínica cada vez eran más demandantes. Por cada paciente que atendía, estaba obligado a adquirir un libro especializado que le ayudara en el proceso terapéutico. De él entendí que la educación tiene sus límites y que estamos inmersos en una sociedad sufriente llena de contrastes y profundas contradicciones. Se contagió de COVID con alguno de sus pacientes y tuvo un proceso complejo que lo llevó a debatirse entre la vida y la muerte. Al final, la muerte salió ganando y nosotros y el mundo que lo conocimos salimos perdiendo.

Es difícil reconocer el legado y las aportaciones de personas que se han ido o que ya no están físicamente; tenemos que recurrir a la memoria, a la anécdota, a lo que fue la vivencia directa para rescatar solo trozos de lo que las personas nos han dejado y heredado.

Es lamentable que las personas valiosas tengan que morir, pero todo ello es inherente a la condición humana. Yo prefiero rescatar los aportes en vida que recurrir al rescate del legado de las personas que ya se han ido. Este escrito sirve para reconocer y para honrar a Gildardo, a Víctor y a Pedro, y sabiendo que su paso fugaz por este mundo terrenal no ha sido o no fue en vano, han dejado un aporte importante, han contribuido con una serie de ideas auténticas y una propuesta original a entender los fenómenos educativos de nuestro entorno. La vida es así y la muerte también; nos permite jugar en el mundo y hacer visibles, pero de pronto nos quita las respiraciones y nos dice que el juego ha terminado.

Termino con reconocer acerca de la importancia de trabajar en los centros de formación docente a partir de rescatar el legado de personas que han dejado herencias valiosas y que ya no están. En nuestro medio es mucha la herencia pedagógica que se construyó en vida y que el rescate tiene y debe hacerse después de que las personas ya no están entre nosotros. En este trabajo he aportado tres fichas, de tres

personajes valiosos que no deben olvidarse, que sirvieron, aportaron y nos han dejado un legado digno de reconocerse, de visibilizar y de hacer uso de sus aportaciones.